

de congojoso llanto, [canto.  
moved, hermosas Nymphas, regocijado

Destierre los ñublados el preñu gente día,  
despida el alma triste los ásperos dolores,  
esfuercen más sus voces los dulces rui-  
Y pues por nueva vía [señores.  
con firme casamiento,  
de un desamor muy crudo se saca un gran  
vosotras entre tanto [contento,  
moved, hermosas Nymphas, regocijado  
[canto.

¿Quién puede hacer mudarnos la voluntad  
[constante,  
y hacer que la alma trueque su firme pre-  
[supuesto?  
¿quién puede hacer que amemos aborres-  
[cido gesto  
y el corazón esquivo hacer dichoso amante?  
¿Quién puede á su talante  
mandar nuestras entrañas,  
sino la gran Felicia, que obrado ha más  
que la Thebana Manto? [hazañas  
moved, hermosas Nymphas, regocijado  
[canto.

Casados venturosos, el poderoso cielo  
derrame en vuestros campos influjo favo-  
[rable,  
y con dobladas crías en número admirable  
vuestros ganados crezcan cubriendo su  
No os dañe el crudo hielo [ancho suelo.  
los tiernos chivaticos,  
y tal cantidad de oro os haga entrambos  
que no sepáis el cuánto; [ricos,  
moved, hermosas Nymphas, regocijado  
[canto.

Tengáis de du'ce gozo bastante cumpli-  
[miento  
con la progenie hermosa que os salga  
[parecida,  
más que el antiguo Néstor tengáis la 'arga  
[vida,  
y en ella nunca os pueda faltar conten-  
Moviendo tal concontento [tamiento;  
por campos encinales,  
que ablande duras peñas y á fieros ani-  
cause crecido espanto: [males  
moved, hermosas Nymphas, regocijado  
[canto.

Remeden vuestras voces las aves amorosas,  
los ventecicos suaves os hagan dulce  
[fiesta,  
alégrese con veros el campo y la floresta,  
y os vengan á las manos las flores olo-  
Los lirios y las rosas, [rosas.  
jazmín y flor de Gnido,  
la madre selva hermosa y el arrayán flo-  
narcisso y amaranto; [rido,  
moved, hermosas Nymphas, regocijado  
[canto.

Concorde paz os tenga contentos muchos  
[años,  
sin ser de la rabiosa sospecha atorment-  
[tados,  
y en el estado alegre viváis tan reposados,  
que no os cause recelo Fortuna y sus  
En montes más extraños [engaños.  
tengáis nombre famoso;  
mas porque el ronco pecho tan flaco y  
repose agora un cuanto. [temeroso  
dad fin, hermosas Nymphas, al deleitoso  
[canto

Al tiempo que Arsileo acabó su canción se movió tan general regocijo, que los más angustiados corazones alegrara. Comenzaron las deleitosas canciones á resonar por toda la huerta, los concertados instrumentos levantaron suave armonía, y aun parecía que los floridos árboles, el caudaloso río, la amena fuente y las cantadoras aves, de aquella fiesta se alegraban. Después que buen rato se hubieron empleado en esto, pareciéndole á Felicia ser hora de comer, mandó que allí á la fuente, donde estaban, se trajese la comida. Luego las ninfas obedeciéndole proveyeron lo necesario, y puestas las mesas y aparadores á la sombra de aquellos árboles, sentados todos conforme al orden de Felicia, comieron, servidos de sabrosas y delicadas viandas en vasos de muchísimo valor. Acabada la comida, tornando al comenzado placer, hicieron las fiestas y juegos que en el siguiente libro se dirán.

*Fin del libro cuarto.*

## LIBRO QUINTO

DE DIANA ENAMORADA

Tan contentos estaban estos amantes en el dichoso estado, viéndose cada cual con la deseada compañía, que los trabajos del tiempo pasado tenían olvidados. Mas los que desde aparte miramos las penas que les costó su contentamiento, los peligros en que se vieron y los desatinos que hicieron y dijeron antes de llegar á él, es razón que vamos advertidos de no meternos en semejantes penas, aunque más cierto fuese tras ellas el descanso, cuanto más siendo tan incierto y dudoso, que por uno que tuvo tal ventura se hallan mil cuyos cargos y fatigosos trabajos con desesperada muerte fueron galardonados. Pero dejado esto aparte, vengamos á tratar de las fiestas que por los casamientos y desengaños en el jardín de Felicia se hicieron, aunque no será posible contarlas todas en particular. Felicia, á cuyo mandamiento estaban todos obedientes, y en cuya voluntad estaba el orden y concierto de la fiesta, quiso que el primer regocijo fuese bailar los pastores y pastoras al son de las canciones por ellos mismos cantadas. Y así, sentada con Eugerio, Polydoro, Clenarda, Marcelio, Alcida, Don Felix y Felixmena, declaró á los pastores su voluntad. Levantáronse á la hora todos, y tomando Syreno á Diana por la mano, Sylvano á Selvagia, Montano á Ismenia y Arsileo á Belisa, concertaron un baile más gracioso que cuantos las hermosas Dryadas ó Napeas, sueltas al viento las rubias madejas del oro finísimo de Arabia, en las amenísimas florestas suelen hacer. No se detuvieron mucho en cortesías sobre quién cantaría primero, porque como Syreno, que era principal en aquella fiesta, estuviese algo corrido del descuido que hasta entonces tuvo de Diana, y el empacho dello le hubiese impedido el disculparse, quiso cantando decirle á Diana lo que la vergüenza le había consentido razonar. Por eso sin más aguardar, respondiéndole los otros, según la costumbre, cantó así:

*Canción.*

Morir debiera sin verte,

hermosísima pastora,  
pues que osé tan sola un hora  
estar vivo y no quererte.

De un dichoso amor gozara,  
dejado el tormento aparte,  
si en acordarme de amarte  
de mi olvido me olvidara.  
Que de morirme y perderte  
tengo recelo, pastora,  
pues que osé tan sola un hora  
estar vivo y no quererte.

En diferente parecer estaba Diana. Porque como aquel antiguo olvido que tuvo de Syreno con un ardentísimo amor le había cumplidamente satisfecho, y de sus pasadas fatigas se vió sobradamente pagada, no tenía ya por qué de sus descuidos se lamentasse; antes hallando su corazón abastado del posible contentamiento y libre de toda pena, mostrando su alegría é increpando el cuidado de Syreno, le respondió con esta canción:

*Canción.*

La alma de alegría salte;  
que en tener mi bien presente  
no hay descanso que me falte,  
ni dolor que me atormente.

No pienso en viejos cuidados;  
que agravia nuestros amores  
tener presentes dolores  
por los olvidos pasados.  
Alma, de tu dicha valte;  
que con bien tan excelente  
no hay descanso que te falte,  
ni dolor que te atormente.

En tanto que Diana dijo su canción, llegó á la fuente una pastora de extremadísima hermosura, que en aquella hora á la casa de Felicia había venido, é informada que la sabia estaba en el jardín, por verla y hablarla, allí había venido. Llegada donde Felicia estaba, arrodillada delante della, le pidió la mano para se la besar, y después le dijo: Perdonar se me debe, sabia señora, el atrevimiento de entrar aquí sin tu licencia, considerando el deseo que tenía de verte y la necesidad que tengo de

tu sabiduría. Traigo una fatiga en el corazón, cuyo remedio está en tu mano; mas el darte cuenta della lo guardo para mejor ocasión, porque en semejante tiempo y lugar es descomedimiento tratar cosas de tristeza. Estaba aún MELISEA, que este era el nombre de la pastora, delante Felicia arrodillada, cuando vido por un corredor de la huerta venir un pastor hacia la fuente, y en verle dijo: Esta es otra pesadumbre, señora, tan molesta y enojosa, que para librarme della no menos he menester vuestros favores. En esto el pastor, que NARCISO se decía, llegó en presencia de Felicia y de aquellos caballeros y damas, y hecho el debido acatamiento, comenzó á dar quejas á Felicia de la pastora Melisea, que presente tenía, diciendo cómo por ella estaba atormentado, sin haber de su boca tan solamente una benigna respuesta. Tanto que de muy lejos hasta allí había venido en su seguimiento, sin poder ablandar su rebelde y desdichoso corazón. Hizo FELICIA levantar á Melisea, y atajando semejantes contenciones: No es tiempo, dijo, de escuchar largas historias; por agora, tú, Melisea, da á Narciso la mano, y entramos entramos en aquella danza, que en lo demás á su tiempo se pondrá remedio. No quiso la pastora contradecir al mandamiento de la sabia, sino que en compañía de Narciso se puso á bailar juntamente con las otras pastoras. A este tiempo la venturosa ISMENIA, que para cantar estaba apercebida, dando con el gesto señal del interno contentamiento que tenía después de tan largos cuidados, cantó desta suerte:

*Canción.*

Tan alegres sentimientos  
recibo, que no me espanto,  
si cuesta dos mil tormentos  
un placer que vale tanto.

Yo aguardé, y el bien tardó,  
mas cuando el alma le alcanza  
con su deleite pagó  
mi aguardar y su tardanza.  
Vengan las penas á cuentos,  
no hago caso del llanto,  
si me dan por mil tormentos  
un placer que vale tanto.

Ismenia, al tiempo que cantaba, y aun antes y después, cuasi nunca partió los ojos de su querido Montano. Pero él como estaba algo afrentado del engaño en que tanto tiempo, con tal agravio de su esposa había vivido, no osaba mirar á sino á hurto al dar la vuelta en la danza, estando ella de manera que no podía mirarle, y esto porque algunas veces, que había probado mirarla en el gesto, confundido con la vergüenza que le tenía y vencido de la luz de aquellos radiantes ojos, que con afición de continuo le miraban, le era forzoso bajar los suyos al suelo. Y como en ello vió que tanto perdía, dejando de ver á la que tenía por su descanso, tomando esto por ocasión, encaminando su cantar á la querida Ismenia, desta manera dijo:

*Canción.*

Vuelve agora en otra parte,  
zagala, tus ojos bellos;  
que si me miras con ellos  
es excusado mirarte.

Con tus dos soles me tiras  
rayos claros de tal suerte,  
que, aunque vivo en solo verte,  
me matas cuando me miras.

Ojos, que son de tal arte,  
guardados has de tenellos:  
que si me miras con ellos,  
es excusado mirarte.

Como nieve al sol caliente,  
como á flechas el terrero,  
como niebla al viento fiero,  
como cera al fuego ardiente:

Así se consume y parte  
la alma en ver tus ojos bellos:  
pues si me miras con ellos,  
es excusado mirarte.

¡Ved qué sabe hacer amor,  
y la Fortuna qué ordena!  
que un galardón de mi pena  
acresciece mi dolor.

A darme vida son parte  
essos ojos sólo en vellos:  
mas si me miras con ellos,  
es excusado mirarte.

MELISEA, que harto contra su voluntad con el desamado Narciso hasta entonces había bailado, quiso de tal pesadumbre vengarse con una desamorada canción, y á propósito de las penas y muertes en que el pastor decía cada día estar á causa suya, burlándose de todo ello, cantó así:

*Canción.*

Zagal, vuelve sobre ti;  
que por excusar dolor  
no quiero matar de amor,  
ni que Amor me mate á mí.

Pues yo viviré sin verte,  
tú por amarme no mueras,  
que ni quiero que me quieras  
ni determino quererte.

Que pues tú dices que así  
se muere el triste amador,  
ni quiero matar de amor  
ni que Amor me mate á mí.

No mediana pena recibió Narciso con el crudo cantar de su querida, pero esforzándose con la esperanza que Felicia le había dado de su bien, y animándose con la constancia y fortaleza del enamorado corazón, le respondió añadiendo dos coplas á una canción antigua que decía:

Si os pesa de ser querida,  
yo no puedo no os querer,  
pesar habréis de tener,  
mientras yo tuviere vida.

Sufrid que pueda quejarme,  
pues que sufro un tal tormento,  
ó cumplid vuestro contento  
con acabar de matarme.

Que según sois descreída,  
y os ofende mi querer,  
pesar habréis de tener,  
mientras yo tuviere vida.

Si pudiendo conoceros,  
pudiera dejar de amaros,  
quisiera, por no enojaros,  
poder dejar de quereros.

Mas pues vos seréis querida,  
mientras yo podré querer,  
pesar habréis de tener,  
mientras yo tuviere vida.

Tan puesta estaba MELISEA en su crueldad, que apenas había Narciso dicho las postreras palabras de su canción, cuando antes que otro cantasse, desta manera replicó:

*Canción.*

Mal consejo me parece,  
enamorado zagal,  
qué á ti mismo quieres mal,  
por amar quien te aborrece.

Para ti debes guardar  
esse corazón tan triste,  
pues aquella á quien le diste,  
jamás le quiso tomar.  
A quien no te favorece,  
no la sigas, piensa en ál,  
y á ti no te quieras mal,  
por querer quien te aborresce.

No consintió NARCISO que la canción de Melisea quedasse sin respuesta, y así con gentil gracia cantó, haciendo nuevas coplas á un viejo cantar que dice:

Después que mal me quisistes  
nunca más me quise bien,  
por no querer bien á quien  
vos, señora, aborrecistes.

Si cuando os miré no os viera,  
ó cuando os vi no os amara,  
ni yo muriendo viviera,  
ni viviendo os enojara.

Mas bien es que angustias tristes  
penosa vida me den,  
que cualquier mal le está bien  
al que vos mal le quisistes.

Sepultado en vuestro olvido  
tengo la muerte presente,  
de mí mesmo aborrecido  
y de vos y de la gente.  
Siempre contento me vistes  
con vuestro airado desdén,  
aunque nunca tuve bien  
después que mal me quisistes.

Tanto contento dió á todos la porfía de Narciso y Melisea, que aumentara mucho en el regocijo de la boda si no quedara

templado con el pesar que tuvieron de la crueldad que ella mostraba y con la lástima que les causó la pena que él padecía. Después que Narciso dió fin á su cantar, todos volvieron los ojos á Melisea, esperando si replicaría. Pero calló, no porque le faltasen canciones crueles y ásperas con que astimar el miserable enamorado ni porque dejasse de tener voluntad para decir las; más, según creo, por no ser enojosa á toda aquella compañía. Selvagia y Belisa fueron rogadas que cantassen, pero excusáronse, diciendo que no estaban para ello. Bueno sería, dijo DIANA, que saliédeses de la fiesta sin pagar el escote. Eso, dijo FELIXMENA, no se debe consentir, por lo que nos importa escuchar tan delicadas voces. No queremos, dijeron ellas, dejar de servirnos en esta solemnidad con lo que supiéremos hacer, que será harto poco; pero perdonadnos el cantar, que en lo demás haremos lo possible. Por mi parte, dijo ALCIDA, no permitiré que dejéis de cantar ó que otros por vosotras lo hagan. ¿Quién mejor, dijeron ellas, que Sylvano y Arsileo, nuestros maridos? Bien dicen las pastoras, respondió MARCELIO, y aun sería mejor que ambos cantassen una sola canción, el uno cantando y el otro respondiendo, porque á ellos les será menos trabajoso y á nosotros muy agradable. Mostraron todos que holgarían mucho de semejante manera de canción, por saber que en ella se mostraba la viveza de los ingenios en preguntar y responder. Y así SYLVANO y ARSILEO, haciendo señal de ser contentos, volviendo á proseguir la danza, cantaron desta suerte:

*Canción.*

SYLVANO. Pastor, mal te está el callar: canta y dínos tu alegría.

ARSILEO. Mi placer poco sería si se pudiese contar.

SYLVANO. Aunque tu ventura es tanta, dínos de ella alguna parte.

ARSILEO. En empresas de tal arte comenzar es lo que espanta.

SYLVANO. Acaba ya de contar la causa de tu alegría.

ARSILEO. ¿De que modo acabaría quien no basta á comenzar?

SYLVANO. No es razón que se consienta tu deleite estar callado.

ARSILEO. La alma, que sola ha penado, ella sola el gozo sienta.

SYLVANO. Si no se viene á tratar no se goza una alegría.

ARSILEO. Si ella es tal como la mía no se dejará contar.

SYLVANO. ¿Cómo en esse corazón cabe un gozo tan crecido?

ARSILEO. Téngole donde he tenido mi tan sobrada pasión.

SYLVANO. Donde hay bien no puede estar escondido todavía.

ARSILEO. Cuando es mayor la alegría menos se deja contar.

SYLVANO. Ya yo he visto que tu canto tu alegría publicaba.

ARSILEO. Decía que alegre estaba, pero no cómo ni cuánto.

SYLVANO. Ella se hace publicar cuando es mucha una alegría.

ARSILEO. Antes muy poca sería, si se pudiese contar.

Otra copla querían decir los pastores en esta canción cuando una compañía de Nymphas, por orden de Felicia, llegó á la fuente, y cada cual con su instrumento tañendo movían un extraño y deleitoso estruendo. Una tañía su laúd, otra una harpa, otra con una flauta hacía maravilloso contrapunto, otra con la delicada pluma las cuerdas de la cítara hacía retañir, otras las de la lira con las resinosas cerdas hacía resonar, otras con los albugues y chapas hacían en el aire delicadas mudanzas, levantando allí tan alegre música que dejó los que presentes estaban atónitos y maravillados. Iban estas Nymphas vestidas á maravilla, cada cual de su color, las madejas de los dorados cabellos encomendadas al viento, sobre sus cabezas puestas hermosas coronas de rosas y flores atadas y envueltas con hilo de oro y plata. Los pastores, en ver este hermosísimo coro, dejando la danza comenzada, se sentaron, atentos á la admirable melodía y concierto de los varios y suaves instrumentos. Los cuales algunas veces de dulces y delicadas voces acompañados causaban extraño deleite. Salieron luego de través seis Nymphas vestidas de raso carmesí, guarnecido

de follajes de oro y plata, puestos sus cabellos en torno de la cabeza, cogidos con unas redes anchas de hilo de oro de Arabia, llevando ricos prendedores de rubines y esmeraldas, de los cuales sobre sus frentes caían unos diamantes de extremadísimo valor. Calzaban colorados borzequines, sutilmente sobredorados, con sus arcos en las manos, colgando de sus hombros las aljabas. Desta manera hicieron una danza al son que los instrumentos hacían, con tan gentil orden que era cosa de espantar. Estando ellas en esto, salió un hermosísimo ciervo blanco, variado con unas manchas negras puestas á cierto espacio, haciendo una graciosa pintura. Los cuernos parecían de oro, muy altos y partidos en muchos ramos. En fin, era tal como Felicia le supo fingir para darles regocijo. A la hora, visto el ciervo, las Nymphas le tomaron en medio, y danzando continuamente, sin perder el son de los instrumentos, con gran concierto comenzaron á tirarle, y él con el mismo orden, después de salidas las flechas de los arcos, á una y otra parte moviéndose, con muy diestros y graciosos saltos se apartaba. Pero después que buen rato passaron en este juego el ciervo dió á huir por aquellos corredores. Las Nymphas yendo tras él, y siguiéndole hasta salir con él de la huerta, movieron un regocijado alarido, al cual ayudaron las otras Nymphas y pastoras con sus voces, tomando de esta danza un singular contentamiento. Y en esto las Nymphas dieron fin á su música. La sabía FELICIA, porque en aquellos placeres no faltase licencia provechosa para el orden de la vida, probando si habían entendido lo que aquella danza había querido significar, dijo Diana: Graciosa pastora, ¿sabrásme decir lo que por aquella caza del hermoso ciervo se ha de entender? No soy tan sabia, respondió ella, que sepa atinar tus subtilidades ni declarar tus enigmas. Pues yo quiero, dijo FELICIA, publicarte lo que debajo de aquella invención se contiene. El ciervo es el humano corazón, hermoso con los delicados pensamientos y rico con el sossegado contentamiento. Ofrécese á las humanas inclinaciones, que le tiran mortales saetas; pero con la discreción, apartándose á diversas partes y entendiéndose en hon-

tos ejercicios, ha de procurar de defenderse de tan dañosos tiros. Y cuando dellos es muy perseguido ha de huir á más andar y podrá desta manera salvarse; aunque las humanas inclinaciones, que tales flechas le tiraban, irán tras él y nunca dejarán de acompañarle hasta salir de la huerta desta vida. ¿Cómo había yo, dijo DIANA, de entender tan dificultoso y moral enigma si las preguntas en que las pastoras nos ejercitamos, aunque fuessen muy llanas y fáciles, nunca las supe adivinar? No te amengues tanto, dijo SELVAGIA, que lo contrario he visto en ti, pues ninguna vi que te fuese dificultosa. A tiempo estamos, dijo FELICIA, que lo podremos probar, y no será de menos deleite esta fiesta que las otras. Diga cada cual de vosotros una pregunta, que yo sé que Diana las sabrá todas declarar. A todos les pareció muy bien, sino á Diana, que no estaba tan confiada de sí que se atreviese á cosa de tanta dificultad; pero por obedecer á Felicia y complacer á Syreno, que mostró haber de tomar dello placer, fué contenta de emprender el cargo que se le había impuesto. SYLVANO, que en decir preguntas tenía mucha destreza, fué el que hizo la primera, diciendo: Bien sé, pastora, que las cosas escondidas tu viveza las descubre, y las cosas encumbradas tu habilidad las alcanza; pero no dejaré de preguntarte, porque tu respuesta ha de manifestar tu ingenio de icado. Por esso dime, qué quiere decir esto:

*Pregunta.*

Junto á un pastor estaba una doncella, tan flaca como un palo al sol secado, su cuerpo de ojos muchos rodeado, con lengua que jamás pudo movella. A lo alto y bajo el viento vi traella, mas de una parte nunca se ha mudado, vino á besarla el triste enamorado y ella movió tristísima querella. Cuanto más le atapó el pastor la boca, más voces da porque la gente acuda, y abriendo está sus ojos y cerrando. Ved qué costó forzar zagala muda, que al punto que el pastor la besa ó toca, él queda enmudecido y ella hablando.

Esta pregunta, dijo DIANA, aunque es

buena, no me dará mucho trabajo, porque á ti mesmo te la oí decir un día en la fuente de los alisos, y no sabiendo ninguna de las pastoras que allí estábamos adivinar lo que ella quería decir, nos la declaraste diciendo que la *doncella* era la *zampoña* ó *flauta* tañida por un pastor. Y aplicaste todas las partes de la pregunta á los efectos que en tal música comúnmente acontecen. Rieronse todos de la poca memoria de Sylvano y de la mucha de Diana; pero SYLVANO, por disculparse y vengarse del corrimiento, sonriéndose dijo: No os maravilléis de mi desacuerdo, pues este olvido no parece tan mal como el de Diana ni es tan dañoso como el de Syreno. Vengado estás, dijo SYRENO, pero más lo estuvieras si nuestros olvidos no hubiesen parado en tan perfecto amor y en tan venturoso estado. No haya más, dijo SELVAGIA, que todo está bien hecho. Y tú, Diana, respóndeme á lo que quiero preguntar, que yo quiero probar á ver si hablaré más oscuro lenguaje que Sylvano. La pregunta que quiero hacerte dice:

*Pregunta.*

Vide un soto levantado  
sobre los aires un día,  
el cual, con sangre regado,  
con gran ansia cultivado  
muchas hierbas producía.  
De allí un manójo arrancando,  
y sólo con él tocando  
una sabia y cuerda gente,  
la dejé cabe una puente  
sin dolores lamentando.

Vuelta á la hora DIANA, á su esposo dijo: ¿No te acuerdas, Syreno, haber oído esta pregunta la noche que estuvimos en casa de Iranio mi tío? ¿no tienes memoria cómo la dijo allí Maroncio, hijo de Fernaso? Bien me acuerdo que la dijo, respondió SYRENO, pero no de lo que significaba. Pues yo, dijo DIANA, tengo dello memoria; decía que el *soto*, es la *cola del caballo*, de donde se sacan las cerdas, con que las cuerdas del rabel tocadas dan voces, aunque ningunos dolores padescen. SELVAGIA dijo que era así y que el mismo Maroncio, autor de la pregunta, se la ha-

hía dado como muy señalada aunque había de mejores. Muchas hay más delicadas, dijo BELISA, y una dellas es la que yo diré agora. Por esso apercíbete, Diana, que desta vez no escapas de vencida. Ella dice deste modo:

*Pregunta.*

¿Cuál es el ave ligera  
que está siempre en un lugar,  
y anda siempre caminando,  
penetra y entra do quiera,  
de un vuelo passa la mar,  
las nuebes sobrepujando?  
Ansi vella no podemos,  
y quien la está descubriendo,  
sabio queda en sola un hora;  
mas tal vez la conoscemos,  
las paredes solas viendo  
de la casa donde mora.

Más desdichada, dijo DIANA, ha sido tu pregunta que las passadas, Belisa, pues no declarara ninguna dellas si no las hubiera otras veces oído, y la que dijiste, en ser por mí escuchada luego fué entendida. Hácelo, creo yo, ser ella tan clara, que á cualquier ingenio se manifestará. Porque haro es evidente que por el *ave*, que tú dices, se entiende el *pensamiento*, que vuela con tanta ligereza y no es visto de nadie, sino conocido y conjeturado por las señales del gesto y cuerpo donde habita. Yo me doy por vencida, dijo BELISA, y no tengo más que decir sino que me rindo á tu discreción y me someto á tu voluntad. Yo te vengaré, dijo ISMENIA, que sé un enigma que á los más avisados pastores ha puesto en trabajo; yo quiero decirle, y verás cómo haré que no sea Diana tan venturosa con él como con los otros; y vuelta á Diana dijo:

*Pregunta.*

Decí, ¿cuál es el maestro  
que su dueño le es criado,  
está como loco atado,  
sin habilidades diestro  
y sin doctrina letrado?  
Cuando cerca le tenía,  
sin oille le entendía,

y tan sabio se mostraba,  
que palabra no me hablaba  
y mil cosas me decía.

Yo me tuviera por dichosa, dijo DIANA, de quedar vencida de ti, amada Ismenia; mas pues lo soy en la hermosura y en las demás perfecciones, no me dará agora mucha a'abanza vencer el propósito que tuviste de enlazarme con tu pregunta. Dos años habrá que un médico de la ciudad de León vino á curar á mi padre de cierta enfermedad, y como un día tuviese en las manos un libro, tomésele yo y púseme á leerle. Y viniéndome á la memoria los provechos que se sacan de los *libros*, le dije que me parecían maestros mudos, que sin hablar eran entendidos. Y él á este propósito me dijo esta pregunta, donde algunas extrañezas y excelencias de los libros están particularmente notadas. Con toda verdad, dijo ISMENIA, no hay quien pueda vencerte, á lo menos las pastoras no tendremos ánimo para passar más adelante en la pelea; no sé yo estas damas si tendrán armas que puedan derribarte. ALCIDA, que hasta entonces había callado, gozando de oír y ver las músicas, danzas y juegos, y de mirar y hablar á su querido Marcelio, quiso también travessar en aquel juego, y dijo: Pues las pastoras has rendido, Diana, no es razón que nosotras quedemos en salvo. Bien sé que no menos adivinarás mi pregunta que las otras, pero quiero decirle porque será possible que contente. Díjomela un patrón de una nave, cuando yo navegaba de Nápoles á España, y la encomendé á la memoria, por parecerme no muy mala, y dice desta suerte:

*Pregunta.*

¿Quién jamás caballo vido  
que, por extraña manera,  
sin jamás haber comido,  
con e' viento sostenido,  
se le iguale en la carrera?  
Obra muy grandes hazañas  
y en sus corridas extrañas  
va arrastrando el duro pecho,  
sus riendas, por más provecho,  
metidas en sus entrañas.

Un rato estuvo DIANA pensando, oída esta pregunta y hecho el discurso que para declararla era menester, y consideradas las partes della, al fin resolviéndose, dijo: Razón era, hermosa dama, que de tu mano quedasse yo vencida, y que quien se rinde á tu gentileza se rindiese á tu discreción, y por ella se tuviese por dichosa. Si por el *caballo* de tu enigma no se entiende la *nave*, yo confieso que no la sé declarar. Harto más vencida quedo yo, dijo ALCIDA, de tu respuesta que tú de mi pregunta, pues confessando no saber entendella sutilmente la declaraste. De ventura he acertado, dijo DIANA, y no de saber, que á buen tino dije aquello, y no por pensar que en ello acertaba. Cualquier acertamiento, dijo ALCIDA, se ha de esperar de tan buen juicio; pero yo quiero que adivines á mi hermana Clenarda un enigma que sabe, que no me parece malo: no sé si agora se le acordará. Y luego vuelta á Clenarda le dijo: Hazle, hermana, á esta avisada pastora aquella demanda que en nuestra ciudad heciste un día, si te acuerdas, á Berintio y Clomenio, nuestros primos, estando en casa de Elisionia en conversación. Soy contenta, dijo CLENARDA, que memoria tengo della, tenía intención de decilla, y dice deste modo:

*Pregunta.*

Decidme, señores, ¿cuál ave volando  
tres codos en alto jamás se levanta,  
con pies más de treinta subiendo y ba-  
[jando,  
con a'as sin plumas el aire azotando,  
ni come ni bebe, ni grita, ni canta;  
Del áspera muerte vecina allegada,  
con piedras que arroja, nos hiere y mal-  
[trata,  
amiga es de gente captiva y malvada,  
y á muertes y robos continuo vezada,  
esconde en las aguas la gente que mata?

DIANA entonces dijo: Esta pregunta no la adivinara yo si no hub'era oído la declaración della á un pastor de mi aldea que había navegado. No sé si tengo dello memoria, mas parésceme que dijo que por ella se entendía la *galera*, que estando en medio de las peligrosas aguas, está veci-

na de la muerte, y á ella y robos está vezada, echando los muertos en el mar. Por los *pics* me dijo que se entendían los *remos*, por las *alas* las *velas* y por las *pedras* que tira las *pelotas* de artillería. En fin, dijo CLENARDA, que todas habíamos de decir por un igual, porque nadie se fuesse alabando. Con toda verdad, Diana, que tu extremado saber me tiene extrañamente maravillada, y no veo premio que á tan gran merecimiento sea bastante, sino el que tienes en ser mujer de Syreno. Estas y otras pláticas y cortesías passaron cuando Felicia, que de ver el aviso, la gala, la crianza y comedimiento de Diana espantada había quedado, sacó de su dedo un riquísimo anillo con una piedra de gran valor, que ordinariamente traía, y dándosele en premio de su destreza, le dijo: Este servirá por señal de lo que por ti entiendo hacer: guárdale muy bien, que á su tiempo hará notable provecho. Muchas gracias hizo Diana á Felicia por la merced, y por ella le besó las manos, y lo mismo hizo SYRENO. El cual acabadas las cortesías y agradescimientos dijo: Una cosa he notado en las preguntas que aquí se han propuesto, que la mayor parte dellas han dicho las pastoras y damas, y los hombres se han tanto enmudescido, que claramente han mostrado que en cosas delicadas no tienen tanto voto como las mujeres. D. FELIX entonces burlando dijo: No te maravilles que en agudeza nos lleven ventaja, pues en las demás perfecciones las excedemos. No pudo sufrir BELISA la burla de Don Felix, pensando por ventura que lo decía de veras, y volviendo por las mujeres dijo: Queremos nosotras. Don Felix, ser aventajadas, y en ello mostramos nuestro valor, sujetándonos de grado á la voluntad y saber de los hombres. Pero no faltan mujeres que puedan estar á parangón con los más señalados varones: que aunque el oro esté escondido ó no conocido, no deja de tener su valor. Pero la verdad tiene tanta fuerza, que nuestras alabanzas os las hace publicar á vosotros, que mostráis ser nuestros enemigos. No estaba en tu opinión Florisia, pastora de grande sabiduría y habilidad, que un día en mi aldea, en unas bodas, donde había muchedumbre de pastores y pastoras, que

de los vecinos y apartados lugares para la festa se habían allegado, al son de un rabel y unas chapas, que dos pastores diestramente tañían, cantó una canción en defensa y alabanza de las mujeres, que no sólo á ellas, pero á los hombres, de los cuales allí decía harto mal, sobradamente contentó. Y si mucho porfias en tu parecer, no será mucho decírtela, por derribarte de tu falsa opinión. Rieron todos del enojo que Belisa había mostrado, y en ello passaron algunos donaires. Al fin el viejo EUGERIO y el hijo POLYDORO, porque no se perdiesse la ocasión de gozar de tan buena música, como de Belisa se esperaba, le dixeron: Pastora, la alabanza y defensa á las mujeres les es justamente debida, y á nosotros el oílla con tu delicada voz suavemente recitada. Pláceme, dijo BELISA, aunque hay cosas ásperas contra los hombres, pero quiera Dios que de todas las coplas me acuerde; mas comenzaré á decir que yo confío que, cantándolas, el mismo verso me las reducirá á la memoria. Luego ARSILEO, viendo su BELISA apercebida para cantar, comenzó á tañer el rabel, á cuyo son ella recitó el cantar oído á Florisia, que decía desta manera:

*Canto de Florisia.*

Salga fuera el verso airado  
con una furia espantosa,  
muéstrese el pecho esforzado,  
el espíritu indignado  
y la lengua rigurosa.  
Porque la gente bestial,  
que, parlando á su sabor,  
de mujeres dice mal,  
á escuchar venga otro tal  
y, si es possible, peor.

Tú, que el vano pressumir  
tienes ya de tu cosecha,  
hombre vezado á mentir,  
¿qué mal puedes tú decir  
de bien que tanto aprovecha?  
Mas de mal harto crescido  
la mujer ocasión fué,  
dando al mundo el descreído,  
que tras de habelle parido  
se rebela sin por qué.

Que si á luz no la sacara,  
tuviera menos enojos,  
porque así no la infamara,  
y en fin cuervo no criara  
que le sacasse los ojos.  
¿Qué varón ha padescido,  
aunque sea un tierno padre,  
las pasiones que ha sentido  
la mujer por el marido  
y por el hijo la madre?

¡Ved las madres con qué amores,  
qué regalos, qué blanduras  
tratan los hijos traidores,  
que les pagan sus dolores  
con dobladas amarguras!  
¿Qué recelos, qué cuidados  
tienen por los crudos hijos;  
qué pena en verlos penados,  
y en ver sus buenos estados,  
qué cumplidos regocijos!

¿Qué gran congoja les da  
si el marido un daño tiene,  
y si en irse puesto está,  
qué dolor cuando se va,  
qué pesar cuando no viene!  
Mas los hombres engañosos  
no agradescen nuestros duelos:  
antes son tan maliciosos,  
que á cuidados amorosos  
les ponen nombre de celos.

Y es que como los malvados  
al falso amor de costumbre  
están contino vezados,  
ser muy de veras amados  
les parece pesadumbre.  
Y cierto, pues por amarlos  
denostadas nos sentimos,  
mejor nos fuera olvidarlos,  
ó en dejarlos de mirarlos,  
no acordarnos si los vimos.

Pero donoso es de ver  
que el de más mala manera,  
en no estar una mujer  
toda hecha á su placer,  
le dice traidora y fiera.  
Luego veréis ser nombradas  
desdeñosas las modestas  
y las castas mal criadas,  
soberbias las recatadas

y crueles las honestas.

Ojalá á todas cuadraran  
essos deshonorados nombres,  
que si ningunas amaran,  
tantas dellas no quedaran  
engañadas de los hombres.  
Que muestran perder la vida,  
si algo no pueden haber,  
pero luego en ser habida  
la cosa vista ó querida,  
no hay memoria de querer.

Fingense tristes cansados  
de estar tanto tiempo vivos,  
encarescen sus cuidados,  
nómbrense desventurados,  
ciegos, heridos, captivos.  
Hacen de sus ojos mares,  
nombran llamas sus tormentos,  
cuentan 'argos sus pesares,  
los suspiros á millares  
y las lágrimas á cuentos.

Ya se figuran rendidos,  
ya se fingen valerosos,  
ya señores, ya vencidos,  
alegres estando heridos  
y en la cárcel venturosos.  
Maldicen sus buenas suertes,  
menosprecian el vivir;  
y en fin, ellos son tan fuertes,  
que passan doscientas muertes  
y no acaban de morir.

Dan y cobran, sanan, hieren  
la alma, el cuerpo, el corazón,  
gozan, penan, viven, mueren,  
y en cuanto dicen y quieren  
hay extraña confusión.  
Y por esso quando amor  
me mostraba Melibeo,  
contábame su dolor,  
yo respondía: Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.

Hombres, ved cuán justamente  
el quereros se difiere,  
pues consejo es de prudente  
no dar crédito al que miente  
ni, querer al que no quiere.  
Pues de hoy más no nos digáis  
fieras, crudas y homicidas;